

uniéndose en todas las religiones antiguas los dos principios opuestos del placer y de la barbarie. La Astarté de los Fenicios, la gran diosa de los Sirios en Hierápolis, la Anaitis de los Armenios, tenían meretrices por sacerdotisas, y exigían el sacrificio de la honestidad: de la misma manera en Grecia, Roma, Chipre, Corinto, Sicilia, se veneraba con infames ritos á Flora, Priapo, Cibéles, Baco; obscenas efigies fueron extraídas de los templos egipcios no ménos que de los de Pompeyo y Herculano; y fábulas en que intervenían torpes amores se inventaron para tranquilizar las conciencias y pecar con permiso de los dioses. Sin embargo, se encuentran al mismo tiempo sacerdotisas vírgenes en Dodona, y en Éfeso, en las Tesmoforias; y semejante estado de virginidad, ó á lo ménos una abstinencia temporal de varón, era impuesto por las mismas divinidades voluptuosas, quizá como una novena preparatoria para la solemnidad (1).

Sacrificios. Pero la idea de un gran pecado y de una reparación posible sugirió la del sacrificio, dirigido no tanto á rendir con las primicias homenaje á la Divinidad benigna, cuanto á libertarse del poder de las tinieblas, adquirir vigor para la peregrinación terrestre, ó hacer recaer la cólera de los dioses sobre la víctima (2). Para esto se escogían los animales de mayor precio, y ni aun parecieron demasiado los sacrificios humanos, cuya extensión demuestra que los errores más funestos son aquellos que en su naturaleza íntima se mezclan con un sentimiento profundo, aunque confuso, de la verdad.

Así, al tiempo mismo que se santificaba el deileite, se contaminaban los altares de casi todas las naciones de la antigüedad con el sacrificio de víctimas humanas; ni aun la culta Grecia estuvo exenta de tales sacrificios, no solo en tiempo de los Argonautas y cuando Agamemnon y Aristodemo inmolaban sus propias hijas, sino también en tiempos posteriores, en los cuales y en el sexto día del mes Targelion sacrificaban los Atenieses un varón y una hembra por la salud de los demás (3); y Temístocles degolló dos manebos para tener propicios á los dioses en la batalla de Salamina.

Verdad es que no se razonaría rectamente si se quisiesen deducir de las creencias las costumbres. El Romano sacrificaba el miedo; Lucrecia era devota de Venus, y el Calmuco, aunque adora ídolos de barro, no puede avenirse con las suaves doctrinas del Lamismo. Siempre se separaron los hijos de la carne de los del espíritu; ni la autoridad de la ley moral pudo ser extin-

(1) OVID., *Metam.* X, 434.

(2) Los Vedas contienen los medios revelados para librarse de las tres penas, á saber: el mal que procede de nosotros, el que proviene de los seres externos y el que dimana de las causas superiores: el medio principal es el sacrificio. « El que ejecuta un *Aswa medha* (inmolación del caballo) adquiere todos los mundos, se hace superior á la muerte, y expia los pecados y los sacrilegios. »

(3) Llámase *καθάρσιον* expiación. Véase J. TZETZE, *Chil.* V, c. 23; *Chil.* VIII, c. 239. — MEURSUS, *Lect.* lib. IV, c. 22 y *Græcia feriata*, lib. IV, in *Thargeliis*.

guida nunca por fábulas religiosas. Á obedecerla tendían las acciones más que á imitar á los dioses; y aunque ofuscada, vivía la creencia principal, la fuente de las demás, esto es, la de un Dios superior. Por esta razón decía Zaleuco al comenzar su legislación, que ante todo importaba conocer la naturaleza de Dios; por los dioses se juraba, y de los dioses se temía el castigo. Apolo Pitio decía que *la piedad de los hombres era tan cara á los dioses como el Olimpo*: Píndaro en sus cánticos hace derivar la sibuduría de Dios (1); dice que Dios es el modelo de los reyes, y que creó y enseñó cuanto hay de hermoso (2); y Cicerón afirma que toda cosa buena y bella viene de Dios, y todo lo malo de los hombres (3). Pero estas eran máximas de los filósofos; y entretanto la plebe, no educada en sus escuelas, tenía á la vista ejemplos demasiado perniciosos, aun prescindiendo de la innumerable turba de esclavos sin dioses y sin moral.

Las religiones no fueron, pues, invención de los sacerdotes; la impostura no hizo más que adoptarlas y esparcir sueños en vez de realidades. En efecto, los sacerdotes se veían muchas veces condenados á privaciones y penitencias; y hasta en aquellos puntos en que los dioses eran voluptuosos, les estaba á ellos impuesta la castidad. Los primeros sacerdotes están representados por el patriarca de la tribu, el cual ofrece los sacrificios, conserva la memoria de las revelaciones divinas y de las primitivas nociones, dicta en nombre de Dios los mandamientos morales, esto es, en nombre de la justicia, y los aplica á los casos prácticos. Difundiéndose entre gente grosera, encuentran ocupada á esta en la satisfacción de sus necesidades y en los oficios de la vida material; y así á ellos les queda el privilegio del saber, que pueden cultivar cómodamente. Ellos son astrónomos, físicos, médicos, historiadores. Esta es la razón por que las ciencias se nos presentan en un principio bajo el aspecto religioso; bajo el velo de cosmogonías religiosas se propagan los gérmenes de la civilización; pues desde los tesmóforos hasta los misioneros se ha considerado siempre á la religión como el medio más eficaz para civilizar á los pueblos.

Pero pocos son los que saben resistir la tentación del poder. Conociendo los sacerdotes cuán superiores los hacían al vulgo la ciencia y el culto, le dieron solo aquellas nociones necesarias para mantenerlo en la obediencia y convirtieron lo demás en arcano. Entonces los mitos cosmogónicos, de sencillos que ántes eran, se hicieron múltiples y embrollados; los conocimientos se depositaron en símbolos propuestos á la fe implícita de los contemporáneos como verdades absolutas; la tradición primitiva se oscureció cada vez más; y oscuras metáforas, escrituras misteriosas, y enigmáticas ex-

(1) *Olimp.* X, 40.

(2) STOBEO, *lit.* 48, 63.

(3) *De nat. Deorum*, II, 55; III, 59.

presiones, confundieron la mente y extraviaron la conciencia (1). De aquí dos especies de doctrina, una *esotérica*, interior y secreta, más próxima á la verdad, pero contaminada á menudo con prácticas mágicas; otra *esotérica*, la cual, secundando la inclinación del vulgo á divinizar la naturaleza, abusaba de las imágenes y mezclaba las ideas del mundo sensible con las del mundo moral (2). La primera se enseñaba en los misterios tan solo á los sacerdotes; y cuando á veces estos eran vencidos por los guerreros, ó cuando entraban en pactos con ellos, tenían que iniciar á algunos en sus misterios, y lo hacían después de largas y difíciles pruebas.

Cuanto más perdía de su sentido profundo la religión pública en beneficio del arte, y cuanto más se apartaba, admitiendo el politeísmo, de la unidad del principio universal, que es objeto de todas las investigaciones filosóficas, tanto más debieron los pensadores buscar alguna cosa mejor, y tanto más libres se sintieron en sus meditaciones; de modo que al decaer la religión pública, trataron ante todo de satisfacer por sí mismos las necesidades del alma, indagando las verdaderas relaciones entre esta y Dios. En efecto, Homero no habla de misterios, de suerte que puede colocarse el origen de estos en el tiempo en que se verificó la transición de los juegos de la imaginación á las primeras reflexiones de la edad madura.

El primer fundamento de los misterios fué el secreto, el cual se observó con tanto cuidado, que la curiosidad erudita no pudo descubrir sino alguna que otra ceremonia exterior. Reputando los hombres como santísimo ó como muy criminal aquello que no comprenden, los misterios estuvieron en muy diversos conceptos, considerándose ya como depósito de sublimes verdades, ya como refinadas imposturas, ya como ocasiones de actos nefandos. Los misterios en honor de Demeter y Perséfone fueron recibidos por los Eleusinos, que participaron exclusivamente de ellos, hasta que vencidos por

(1) Han tratado de los misterios:

MEURSUS, *Eleusina, sive de Cereis eleusina sacro et festo. Sainte-Croix, Des mystères de l'antiquité.* Paris 1765. Á la traducción alemana (Gota 1790) añadió preciosas notas C. G. LENTZ; al original francés las puso Silvestre de Saey.

J. A. BACH, *De mysteriis eleusiniis.*

P. N. ROLLE, *Recherches sur le culte de Bacchus, symbole de la force reproductive de la nature, considéré sous ses rapports généraux dans les mystères d'Eleusis, et dans ses rapports particuliers dans les Dionysiaques et les Triétériques.* Paris 1824.

GÖRRES, *Historia de los misterios del mundo asiático* (aleman) 2 tom. Heidelberg 1810.

(2) Al paso que Sainte-Croix sostiene que en los misterios se enseñaba una doctrina más pura, Lobeck (*Aglaophamus, sive de theologia mystica Græcorum causis*, Königsberg 1829, 2 tomos) lo niega, apoyándose principalmente en la autoridad de los santos padres que los combatieron. Pero en los últimos tiempos pudieron haber sido alterados. Lobeck supone originados los misterios por la superstición que inducía á un pueblo á creer, que podía despojar á otro de las divinidades patrias si llegaba á conocer su nombre y ritos, por lo cual importaba custodiarlos celosamente. Á mi entender este es uno de los círculos viciosos que ofrecen á menudo las especulaciones históricas, cuando se empieza por suponer lo mismo que se trata de investigar.

los Atenieses, tuvieron que comunicar á estos las ceremonias: posteriormente fueron á ellos todos los Estados de Grecia, convirtiéndose en un lazo de nacionalidad. Los hombres más principales en letras y armas deseaban ser iniciados en aquellos misterios, que siempre se conservaron limpios de contaminación; y el día después de su celebración, el senado de Atenas se reunía para examinar si se habían introducido en ellos algunos abusos. Cicerón los llama el mayor beneficio que Atenas había proporcionado á Roma, porque en ellos aprendía el hombre no solo á vivir contento, sino también á morir tranquilo, confiando en un porvenir mejor (1). En Eléusis se cantaba este himno de Orfeo: « Contempla la naturaleza divina; ilustra tu entendimiento; domina el corazón; camina por las vías de la justicia. Ten siempre ante tu vista el Dios del cielo: él es el único; existe por sí mismo y todos los demás seres se derivan de él, y por él están sostenidos. Ningún mortal le vió nunca, y él lo ve todo. » La antorcha encendida que pasaba de mano en mano, simbolizaba acaso la perpetuidad de la vida del mundo. Un Dios supremo, la eternidad de la materia, la inmortalidad del alma, emanada de Dios y dividida en tantas partículas como individuos hay en la naturaleza, la divinidad de los elementos y de los cuerpos celestes, el libre albedrío, un juicio después de la muerte, la metempsicosis y la eterna felicidad después de haber cumplido las penas expiatorias, fueron al parecer los dogmas enseñados en aquellos misterios. La unidad de Dios, sin embargo, se descomponía en la trinidad de un principio activo, otro pasivo y el símbolo del mundo, producto suyo: Isis, Osiris y Horo; Baco, Céres y Iaccos; y á estos se añadía algunas veces el dios del movimiento, Tot ó Mercurio (2).

Estas doctrinas se iban dando á medida de los grados, y nunca claramente, sino con ciertas fórmulas proverbiales y concisas que quedaban ininteligibles para los hombres de mente poco cultivada; y si alguna vez se violaba el secreto, eran fuentes de nuevos errores por la diversa interpretación que se les daba (3). Los símbolos mismos con que se encubrían, se podían interpretar de diversas maneras, y engendrar nuevos engaños.

Herodoto venera las orgías órficas. Platon dice: « Yo no me atrevo á alegar aquí la doctrina enseñada en los misterios, es decir, que en el mundo estamos colocados en un puesto, y que no podemos abandonarlo sin permiso. »

(1) *De legibus* II:

(2) « Cuanto existe es ó la idea ó la materia ó el ser sensible, producto de ambas. » TIMEO DE LOCRES.

(3) Pausánias dice que los sabios de Grecia encubrían sus pensamientos bajo formas enigmáticas por no exponerlos abiertamente (VIII, *Arcadia*, 8), y que la concisión era el carácter de la enseñanza religiosa (*Beoz* 30). San Clemente de Alejandría en el libro V de los *Stromates* dice: « Todos los teólogos extranjeros ó griegos revelan las causas de las cosas y enseñan la verdad por medio de enigmas, símbolos, alegorías, metáforas y otras figuras semejantes. »

Cuando el Cristianismo combatía la idolatría, los defensores de esta trataban de vindicarla, manifestando que las doctrinas ocultas eran diversas de las vulgares. Olimpodoro en un comentario al Fedon (1) dice: « En las ceremonias sagradas se comenzaba por la lustración pública (καθαρές πύλαι) despues venian las purificaciones mas secretas (απορητοτέρας); en seguida se pasaba á las reuniones (σύντασις), despues á las iniciaciones (μυσταίς), y por último á las intuiciones (εποπέλαι). Las virtudes morales y políticas correspondian á las lustraciones públicas; las virtudes purificadoras que nos apartan del mundo exterior á las purificaciones secretas; las contemplativas á las reuniones; las mismas virtudes dichas dirigidas á la unidad, á las iniciaciones; finalmente, la intuición pura de las ideas á la intuición mística.

» El objeto de los misterios es llevar las almas á su principio, al estado primitivo y final, esto es, á la vida en Júpiter, de quien han descendido con Baco, que es el que las conduce. De modo que el iniciado habita con los dioses, segun el grado de divinidades que presiden á las iniciaciones.

» Se reciben dos clases de iniciación: las de este mundo que son, por decirlo así, preparatorias; y las del otro, que constituyen el complemento de las primeras.

» La filosofía y la mitología concuerdan. El que se dedica de mala gana al estudio de la primera, no coge frutos; lo mismo que el que no pasa del grado vulgar de la iniciación. Cuando Sócrates dice que el alma está sumida en el lodo, quiere decir que se abandona y cede á cosas exteriores, y por decirlo así, se hace cuerpo; y cuando dice que el alma es recibida entre los dioses, debe entenderse que vive del mismo modo y bajo las mismas leyes que los dioses.

Parece, pues, que las religiones secretas servian para satisfacer la necesidad moral, cuando ya no llenaba este objeto la religion pública; y que los mistagogos intentaron suplir lo que al culto público faltaba, y se encargaron de purificar las almas con formas que eran antiguas, pero que hasta entónces no se habian ordenado con arreglo á un sistema.

La moral se fundaba en el conocimiento de los poderes divinos con los cuales se fecunda la naturaleza: concedíase la iniciación como premio de la virtud (2), en lo cual se representaba el tránsito del estado salvaje al de la civilización (3) y tambien los premios y castigos de la vida futura. Y á la verdad, las doctrinas de los misterios contribuyeron eficazmente á formar el espíritu público en Grecia y en Egipto, á desar-

(1) Leído por Cousin en la Biblioteca real de Paris.

(2) Habiendo Hipócrates asistido á los apóstados, los Atenieses decretaron que fuese iniciado en los misterios de Ceres.

(3) En los misterios de Eléusis, el neófito entraba cubierto de pieles de fieras.

rollar la educación moral, el pensamiento y la vida; y superaron muchísimo á la mitología vulgar y poética, mostrando con severidad mas profunda la naturaleza humana y las relaciones con el mundo invisible. Pero el secreto daba pábulo é incentivo á muchos errores, y la jurada y tenebrosa fraternidad originaba grayes abusos; y tampoco eran extrañas á los misterios las artes mágicas; de modo que, como en todas las antiguas creencias, la guía interior de la verdad estaba perdida, y al lado de unas alegorías sublimes, crecian otras innobles, perwersas y malas.

Todo lo que sabemos acerca de los misterios se refiere especialmente á los de Eléusis, aunque ciertamente habia otros. Debieron ser llevados del Egipto y del Asia por Eumolpo y Orfeo (1), fervorosos mistagogos. Tambien tenian procedencia egipcia los ritos de la iniciación, pues en ellos reconocemos parte de los que se practicaban en los misterios de Isis. Estaba simbolizado en estos el orden del universo; por lo cual el neófito debía vencer en la lucha con los cuatro elementos. Primeramente atravesaba solo con una linterna grutas profundas y tenebrosas, al fin de las cuales se encontraba ante un hondo abismo, adonde tenia que descender por una escala de hierro fija en una de las paredes. Al terminar esta, entraba por una boca en un camino espiral abierto en la roca, por el cual llegaba al fondo del precipicio. Un iniciado seguía de lejos al neófito, á quien costaba la vida el volverse atras. Al llegar al fondo señalaba el iniciado al neófito dos puertas, una de cobre y otra de hierro, detras de las cuales se extendía una interminable bóveda alumbrada por lámparas y antorchas, y lo introducía por la de cobre, que cerrándose así que pasaban, hacía resonar profundamente las cavernas. Entónces comenzaba la prueba del fuego; despues de muchos rodeos el novicio encontraba tres hombres armados que le intimaban que se volviese atras, bajo pena de permanecer allí perpetuamente, si no salía vencedor de todos los obstáculos. Si escogía lo segundo, se hallaba de pronto ante una luz deslumbradora y una bóveda encendida como un horno, por la cual debía atravesar caminando por un enrejado de hierro enrojecido, y poniendo el pié en los estrechos intersticios de las barras. Despues debía precipitarse súbitamente en un canal largo, profundo y agitado, y pasarlo á nado sin perder la linterna. Al llegar á la orilla encontraba en ella los vestidos que habia dejado en la opuesta, y se veía junto á un puente levadizo en el cual habia una puerta de marfil. Despues de varias tentativas para abrirla se asía de dos anillos de la misma; entónces el puente de pronto desaparecía bajo sus piés, un viento tempestuoso le apagaba la luz, y quedaba suspendido sobre el abismo: pero luego iban ce-

(1) Los secuaces de Orfeo no comían animales. EURIPIDES, *Hipólito* V. 952. En esto se asemejan á los Indios.

diendo las anillas hasta dejarle á los piés de la puerta de marfil. Aquí terminaban las pruebas. Un portero le conducía con los ojos vendados ante el colegio, donde era introducido despues de contestar á las preguntas que se le hacian: un sacerdote le refería toda su vida pasada y los estatutos de la iniciación, y le amenazaba tremendamente para el caso en que divulgase su secreto ó quebrantase sus leyes: el iniciado, arrodillándose, teniendo una espada al cuello, juraba fidelidad y discreción; despues de lo cual se le quitaba la venda de los ojos y veía el misterio.

¿Es esto historia? ¿Es poesía? ¿Quién puede señalar los límites de ambas?

Otro de los instrumentos eficacísimos de civilización y de poder que tenian en su mano los sacerdotes eran los oráculos. El hombre en los tiempos de cultura satisface el deseo natural de prever lo futuro con el examen de lo pasado y de esa larga cadena de hechos anteriores y sucesivos que son ó que se tienen por causas y efectos. Pero cuando la escasez de recuerdos imposibilita los cálculos de la prudencia, los hombres de ingenio grosero y crédulo se determinan de buena gana á pedir á los dioses consejo y prevision. Podemos tambien ver en los oráculos un recuerdo de las profecías con las cuales Dios levanta el velo de lo futuro á los ojos de sus elegidos.

Los Egipcios no creían que fuese dado á ningun hombre el don de vaticinar, sino solamente á los dioses en tiempos determinados; y entre estos era célebre el oráculo de Júpiter Ammon. De Egipto y de la Fenicia procedieron los oráculos de Grecia, que tanta influencia tuvieron en su destino, reuniéndose en uno solo, y regulándose en este país el influjo que en otros ejercian profetas aislados (1). Los sacerdotes, sosegados observadores en medio de las tempestades de la democracia griega, podian aconsejar lo mejor y prever las consecuencias de los acontecimientos, adivinando no por inspiración divina, sino por una prudencia calculadora. El que tenga presente que junto al oráculo mas famoso, el de Delfos, se reunian los Anfictions, comprenderá por qué creció su importancia hasta llegar á ser uno de los lazos comunes de la Confederación Helénica. La impostura de los

(1) En Israel era el profeta un censor vigilante del gobierno. Entre los Cananeos encontramos tambien á Balaam.... Acerca de los oráculos es preciosa la colección de A. VAN DALEN *De oraculis veterum ethnicorum dissertationes sex*, Amsterdam 1700; pero carece de trabazon y de elevación de miras, cualidades que faltan tambien en J. GRODDEK, *De oraculorum veterum que in Herodoti libris continentur natura, commentatio*, Gotinga 1786. Sobre estos y sobre las Sibilas véase FABRICIUS, *Bibl. graeca*, tom. I, pág. 136 y siguientes.

FRÉRET, *Sur les prédictions écrites qui portaient le nom de Musée de Bacis et de la Sybille*, tom. XXIII de las Actas de la Academia de inscripciones.

R. THORLACIO, *Libris Sibyllistarum veteris Ecclesiae crisi subiecti*, Copenague 1815.

A. MAJUS *Σιβυλλικὸς λόγος*, IA, Milan 1817.

CLAVIER, *Mém. sur les oracles anc.* Paris 1818.

El que quizá supera á todos es el trabajo de PAYNE KNIGHT, *Inquiry into the symbolical language*.

sacerdotes, las argucias de los políticos contribuian ciertamente á la ilusión de los oráculos: estos sabian halagar á tiempo á los poderosos, ya fuesen pueblos, reyes ó filósofos (1): la misma ambigüedad de sus respuestas contribuía á hacerlas verdaderas (2); y en ocasiones la respuesta del oráculo producía los acontecimientos, porque la confianza ó decaimiento que aquella excitaba, infundía el valor ó la desconfianza que tanta parte tienen en el éxito de una empresa.

La argucia, no obstante, podía morderlos preguntando por qué Apolo, númen de la poesía, profería versos inferiores á los de Homero, ó haciendo exclamar con Luciano á un sacerdote: *Oh templo, tú eres mi campo, mi viña, tú el almacén de todas mis ganancias*. Y en efecto se abusó de los oráculos, ya para satisfacer la curiosidad particular, ya para sacar fruto de la crédula devoción; pero no por esto puede negarse que los oráculos fueron eficaz instrumento de civilización. Aquello á que no se podía persuadir al pueblo aun con largos discursos, era aceptado con solo una respuesta del oráculo. De este modo pudo conseguir Temístocles que los Atenieses abandonasen su ciudad á las llamas atizadas por los Persas, y así salvó la Grecia; y de Delfos salían los consejos que sostenían el valor y animaban el patriotismo de los Griegos en la noble lucha contra los invasores extranjeros.

Generalmente se sacaban tambien del oráculo mitos y decisiones morales. Habiendo quedado vencido Creso por Ciro, Apolo dijo que aquello habia sido en castigo del delito cometido por un quinto abuelo de Creso que mató á traición á un rey heráclida; á los Chiotas se les respondió que eran abominables á los dioses por haber sido los primeros en establecer mercados de esclavos; á los Atenieses que habian ultrajado al Dios, cuando bajo el pretexto de vindicarlo, habian cometido crueldades con los habitantes de la Fócide. La facción popular de Efoso exterminó á los ricos é hizo que sus hijos fuesen pisoteados por bueyes; y poco despues, habiéndose declarado la victoria por los ricos, untaron de pez á los hijos de sus enemigos y les pusie-

(1) Á Alejandro le aseguraron que era hijo de Júpiter, y Demóstenes decía que la Pitonisa filipizaba. Cuando Licurgo llegó á consultarlas, la sacerdotisa exclamó: *¿Eres númen ú hombre? El Dios te manda dar leyes á Esparta*. Augusto quería casarse con Livia, á la sazón en cinta, en contra de las leyes; y el oráculo respondió que ningun matrimonio era tan próspero como aquel en que el hombre se casaba con una mujer ya fecundada.

(2) Preguntó Creso al oráculo si le estaría bien salir al encuentro de Ciro, y el oráculo respondió: *Si Creso pasa el río, caerá un grande imperio*. Con esta respuesta, fuese la Persia ó la Lidia la que sucumbiera, siempre el oráculo adivinaba. Á Pirro, que se disponía á hacer la guerra á los Romanos, le respondió: *Ajo te, Aacilas, Romanos vincere posse*; ingeniosa anfibología! Un rico preguntó qué maestro buscaría á su hijo: *Homero y Pitágoras*, le fué respondido. Murió el hijo, y la respuesta se interpretó diciendo, que en efecto para escucharlos tenia que irse entre los muertos. Trajano antes de acometer á los Partos pregunta al oráculo de Serapis y este le envía unos juncos hechos pedazos; esta era señal de victoria: ¿pero quién iba á ser el vencedor?

ron fuego; entonces el olivo sagrado se encendió espontáneamente, y el oráculo no quiso volver á contestar. Preguntaron los Sibaritas al de Delfos, cuánto duraría su feliz estado, y les respondió: *Mientras respeteis á los dioses mas que á los hombres*. Á los Locrenses que preguntaban cómo terminarian sus funestas disensiones, contestó: *Daos buenas leyes* (1). La cortina délfica se interpuso para que Atenas no fuese destruida en la guerra del Peloponeso; y el oráculo de Júpiter en Olimpia negaba sus respuestas á los Griegos que estaban en guerra con otros Griegos.

El oráculo mas antiguo, único de que hace mención la Iliada, es el de Dódona. Referíase que dos palomas que habian salido de Tébas de Egipto, llegaron una á Dódona y otra á Libia, y con voz humana, cada una mandó fundar en aquella parte un oráculo. Respondían en Dódona las encinas y los elementos: la sacerdotisa interpretaba el murmullo de una fuente que corría al pié de una encina; ó bien por medio de vasos de cobre suspendidos junto á una figura de igual metal, é igualmente colgada, que tenia en la mano un látigo de cuerdas metálicas, se predecía el porvenir, segun que el viento hacía sonar los vasos. El que iba á interrogar á Trofonio debía purificarse; y examinadas las entrañas de la víctima, si el voto era propicio, era conducido de noche el consultante al rio Ercino, donde le ungían dos jóvenes; luego, conduciéndolo á la corriente del rio, le daban á beber el agua del Leteo y de Mnemosina, es decir, del olvido y de la memoria, y despues de haber orado ante la estatua de Trofonio, vestido con una túnica de lino, adornado de bandas sagradas, iba al oráculo que estaba sobre un monte, en cuya cima habia un recinto de piedras blancas con obeliscos de cobre. Allí, dentro de una caverna artificial, se abría un foro angosto, al cual se descendía por una pequeña escalera; despues se encontraba otra caverna tan baja que era menester arrastrarse para entrar, y en donde, apenas habia entrado, una gran fuerza lo arrastraba á los lugares en que se presentaba el porvenir, á unos por los ojos, á otros por los oídos. Al salir lo hacía con los piés hácia adelante; y conducido á la capilla del genio bueno, y recobrados los sentidos, escribía lo que habia visto y los sacerdotes se lo interpretaban.

Júpiter Ammon respondía segun que su estatua se ladeaba á la derecha, ó á la izquierda; el buey Ápis en Méfis y los peces en Limira, segun que comían ó no; en Mopso el creyente escribía la pregunta en un billete cerrado que ponía sobre el altar; luego se embriagaba y se dormía sobre las plumas de la víctimas, y de lo que soñaba sacaba el augurio. En Preneste y en Ancio se echaban suertes; en otros puntos el interrogante se tapaba las orejas, y despues

(1) ATENEO XII. 5. — ESCOL. de Pindaro, *Olimp.* X, 17. — ELIANO S. V. IV, 6. JENOFÓNTE, *Hellen.* III, 2, 22.

saliendo del templo deducía lo futuro de las primeras palabras que llegaban á sus oídos.

No me detendré á especificar los augurios que se sacaban del vuelo y del canto de las aves, de los versos de Homero que primero se veían, de las entrañas de las víctimas, de los sueños y de otros mil accidentes naturales, porque estos no eran mas que medios privados. Pero no debo olvidarme del mas célebre de los oráculos, del de Delfos, á quien llama Tito Livio oráculo comun del género humano. Su primer templo fué una cabaña de hojas de laurel; el segundo fué un tronco donde depositaron sus panales las abejas; el tercero, obra admirable de Vulcano, fué tragado por la tierra; el cuarto fué obra de Agamédes y Trofonio, y el quinto de los Anficionos. El dios respondía por boca de la Pitonisa, escogida entre las doncellas de Delfos, mayor de cincuenta años, que no debía perfumarse con aceites, ni vestirse de púrpura, ni quemar mas que laurel, ni ofrecer mas que cebada en los sacrificios. Las demas mujeres no podían penetrar en el santuario; pero alimentaban el fuego perpétuo. Difícil me sería decir con cuántos dones enriqueció este templo la insaciable curiosidad del público y de los particulares. Consultábanlo los legisladores acerca de sus leyes, los capitanes sobre sus empresas, pueblos y reyes sobre la guerra y la paz, la administración y la justicia: allí iban exprofe-so los magistrados de las repúblicas para interrogar á la sagrada cortina, pudiendo decirse que este oráculo gobernó desde muy antiguo la Grecia, disminuyendo los abusos de la democracia y de los tiranos. Tambien iban á consultarlo los extranjeros hasta de África y de Roma; y es una particularidad, que hasta ahora no ha podido explicarse, la correspondencia que los oráculos de Grecia tuvieron con los de países extranjeros, principalmente con el de Ammon en Libia, y el de los Branquidas en Mileto (1).

Proponiéndome yo considerar los oráculos tan solo por su lado histórico, no entraré en mas pormenores acerca de su naturaleza. Apenas haré mas que nombrar á las Sibilas (2), profetisas acerca de las cuales mas fácil es criticar las fabulas que corren que negar su existencia.

(1) Despues del de Delfos, el oráculo de mas nombre era el de Didimo en Mileto, fundado por Branco; por lo cual los Branquidas siguieron siendo sus sacerdotes, que despues en tiempo de Jéries se retiraron á la Sogdiana. Tenian tambien alguna fama el de Apolo en Claros, el de Marte en Tracia, el de Mercurio en Pátras, el de Venus en Páfos y en Afaca, el de Minerva en Micéas, el de Diana en la Colquide, el de Pan en Arcadia, el de Esculapio en Epidauró y el de Hércules en Atenas y en Cádiz, etc., etc.

FR. CORDÉS, *De oraculo dodondo*, Gron. 1826.

MERYLO, *De vi et efficacia oraculi delphici in Græcorum res.* Ultr. 1822.

CH. FRIED WILLETER, *De religione et oraculo Apollinis delphici*; Copenague 1827.

PIOTROWSKI, *De gravitate oraculi delphici*, Leipzig 1829.

GRASHOFF, *De Pythonis oraculi primordiis atque incremento*, Hildesheim 1836.

W. GOTTE, *Das delph. orakel in seinem politischen, religio sen, und sittlichen Einflusse*. Leipzig 1839.

(2) De Σιωγῆς y βουλή divino consejo, dedujeron los aficionados á etimologías la palabra Sibila.

Tan incierto y oscuro es lo que de ellas nos refieren los antiguos, que es imposible deducir nada de provecho. Unos cuentan hasta diez, otros mas, otros ménos; Tácito duda si fueron una ó mas de una; Eliano pone cuatro y las hace florecer 800 años ántes de Moises. La mas antigua parece ser la Persa, llamada Sambete: las demas se titulan la Délfica, la Cuma, la Eritrea, la Samia, la Cumana, la Helespontina, la Tiburtina, y Sibila ó Bagoa, hija de Júpiter y de Lamia de Libia.

La profecía sibilina mas antigua nos ha sido trasmitida por Pausánias á propósito de la batalla de Egospótamos. En la historia romana las Sibilas hacen el mismo papel que en la griega el oráculo del Delfos. Conocidísima es la aventura de la Sibila Eritrea con Tarquino, y de los libros que le presentó. Fuera de estos los que fuesen, perecieron en el incendio del Capitolio, acacido en tiempo de Mario; tampoco sabemos en qué lengua estaban escritos, pero deberian estarlo en la griega, pues que el senado trató de reparar esta pérdida recogiendo las sentencias de esta Sibila que corrían en Grecia y particularmente en Eritrea y en la Jonia. En Atenas era apreciada en tiempo de la guerra del Peloponeso una de estas colecciones, las cuales ofrecían campo á las interpolaciones segun convenia á la política ó á la impostura.

Augusto y Tiberio mandaron, como mas de una vez lo habia hecho el senado, purgar los libros sibilinos de las interpolaciones; á pesar de haber subido la cruz al trono, no por eso fueron destruidos, y Juliano en el año 363 los consultó en el templo de Apolo Capitolino. Por último, Estilicon, general de Honorio, los mandó quemar (1).

CAPÍTULO XXXI

Religion de los Griegos.

Origen. Cada cual podrá aplicar estas concordancias generales entre las religiones á las de los Babilonios, Egipcios, Indios y Fenicios que ya hemos examinado, y á las de los Persas y Chinos, cuyo exámen vendrá despues. Desde el Oriente pasó á la Grecia la religion con los caracteres del símbolo de la magia y de la alegoría. Herodoto refiere que antiguamente trató de establecerse en Grecia una colonia de África, fundando allí un santuario y un oráculo. Á Diodoro (1) le aseguraron los sacerdotes de Tébas hecatóm-pila, que el oráculo de Dódona y el de Ammon en la Libia habian sido fundados por dos profetisas, robadas por los Fenicios y vendidas la una en Libia y en Grecia la otra; lo cual concuerda con la referida tradicion de las dos palomas. En la mitología de la India y en la del Egipto advertimos no solo elementos, sino hasta formas muy parecidas á las griegas. Lo mismo que los Indios en nombre de Ganesa, dios de la sabiduría, comienzan los Occidentales en nombre de Jano los sacrificios y las obras mas importantes; Saturno como Satiavratí preside la edad de la inocencia y de la paz; Indra como Júpiter es señor de los vientos y de las lluvias, arma su mano con el triple rayo y está servido por el águila Garuda. Cuando Siva combatía contra los Daitias ó hijos de Diti, rebelados contra el Cielo, Brama le proporcionaba flechas inflamadas. Parvati, esposa de aquel, majestuosa y altanera como Juno, se sienta al lado de su marido en el monte Cailasa, y en los banquetes de los dioses, con el manto sembrado de ojos y con el pavo real sobre el cual cabalga su hijo Cartigüeya armado de espada y dardos. Bavani ha nacido de la espuma del mar, saliendo de una concha como Venus; y como á Venus las Gracias, rodean á Remba las Apsaras ó hijas del Paraíso. Durga como Minerva, armada del yelmo y de la lanza, representando el valor prudente, vence á los gigantes y protege á los hombres honrados y virtuosos. El divino conquistador Rama llevaba consigo una tropa de monos como Baco de sátiros, y por general á Hanunam, esto es, al hombre de carrillos prominentes, que trae á la memoria á Pan y á Sileno, y que perfeccionó la flauta. Crisna mata la serpiente Calinuga como Apolo la Piton, guarda los ganados de Ananda y escoge nueve doncellas con quienes pasa alegremente los dias. Suria como Febo va en un carro tirado por siete caballos y precedido de Aruna ó Aurora; y quién sabe cuánto se aumentarán estas analogías cuando sean conocidos los Puranas (2)?

Estas ideas llegaron á Occidente por la vía de Tracia, á la cual Herodoto atribuye todo el mérito de la religion griega; y este y Diodoro (3) aseguran que Orfeo y Homero, maestros de los Griegos en punto á las ceremonias religiosas, las aprendieron de los Egipcios; que Melampo (4) trajo de este país los sacrificios de Dionisio,

(1) Libro II.
(2) Véase mas arriba, pág. 217.
(3) HERODOTO II. — DIOD. DE SIC. *Bibl. histórica.* I, 23 y 69.
(4) HERODOTO I. — ESCOL. á la *Olimp.* V. de PINDARO. Estr. 4.

(1) Los oráculos de las Sibilas que ahora poseemos fueron inventados por los cristianos ó por los gnósticos que buscaban en las antiguas creencias un apoyo para la suya entonces combatida. Ya fueron conocidos de San Clemente, el cual (dice San Justino) citó algunos de estos oráculos en la epístola á los Corintios; tambien los cita Flavio Josefo, todo lo cual muestra su antigüedad. Algunos padres de la Iglesia del II y particularmente del III siglo los mencionan á menudo.

La colección se compone de ocho libros: el 1º trata de la creación, del primer pecado, del diluvio, y evidentemente está sacado del Génesis, ó para hablar con mas propiedad, de la versión de los LXX; el 2º trata del juicio final; el 3º del Antecristo; el 4º de la caída de algunas monarquías; el 5º de los Romanos hasta Lucio Vero; el 6º del bautismo de Cristo; el 7º del diluvio y de la destrucción de varias monarquías; el 8º del fin de Roma y del mundo. Falta los siguientes hasta el 14 que fué descubierta por el cardenal Angel Mai en la Biblioteca Ambrosiana de Milan. Este consta de 334 versos griegos, y se imprimió en esta ciudad en 1817; predice que Roma será destruida, que se olvidará hasta su nombre, y por último que será reedificada por nuevos príncipes.

Véase Jo. OPSOPOEUS *Σιβυλλικοί γρηγοροί*. h. e. *Sibyllina oracula, cum interpret. lat.* SEB. C. STALIONIS. Paris 1399.

En Amsterdam se hizo una edición mas completa en 1689 por SERVES GALE.

En 1828, el cardenal Mai publicó nuevos fragmentos.